

JOSÉ MANUEL VIAL (41)

“CON ELLA, TAMBIEN MORI YO”

“Ese día María estaba feliz. A pesar de que yo estaba sin trabajo, veíamos el amor de Dios en nuestras vidas. Nunca lo hacía, pero ese día quiso ir a trotar. Cuando salí para acompañarla, la encontré tirada en la calle. Falleció así, de golpe, de un infarto. Tenía 33 años.

Fue el jueves 9 de noviembre del 2003. Eran cerca de las 11 de la noche, y nuestros seis hijos estaban durmiendo. No quise despertarlos, para no hacer más caos. Al día siguiente, los reuní a todos y les dije que el Señor se había llevado a la mamá al cielo. Lo entendieron de inmediato... y nos pusimos a llorar.

Yo estaba tranquilo, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que esto iba a significar un quiebre brutal. Mi vida era mi matrimonio. María había venido a ser mi propia carne, y en cierta manera, con ella también morí yo. Quedé como tierra desolada.

La viudez produjo en mi vida un cataclismo, pero sobre todo me enfrentó crudamente con mi propia precariedad, frente a la cual nadie, ni siquiera los seres más cercanos, pudieron hacer algo. Hay una distancia insalvable, un abismo inmenso que los otros no pueden pasar. La cruz es tuya, y allí no puede entrar nadie, sólo Cristo, y es lo mejor.

El día del funeral estaba deshecho, no podía con mi vida. En ese momento recordé la palabra de Dios que dice: Escucha, Yo soy el único. Eso me consoló. Dios es el bien absoluto, todo lo que hace es para que lleguemos a Él, también la muerte de María. Nuestro matrimonio fue feliz gracias a esta fe, y si fue muy bueno, lo que viene será mejor. Esta esperanza no ha sido vana. Hoy mi vida es aún mejor que antes, con mucho sufrimiento, pero llena de sentido, y con la seguridad de que me esperan bienes aún mayores, hasta llegar a la vida eterna.

Por ahora no creo que me vuelva a casar. Mis hijos están bien. Extrañan a su madre y hablamos mucho de ella, pero están alegres y también ellos, cada uno según su capacidad, viven su propia experiencia, muy apoyados todavía en mí, pero también en Dios.

Para mí es difícil educarlos, porque soy muy egoísta, pero se me ha dado una disponibilidad hacia ellos que me ha sorprendido. Hoy mi principal preocupación es que tengan fe. Si cuando yo muera ellos la tienen, entonces moriré en paz. Si no, no, aunque tuvieran todo lo demás”.

... la esencia de la vida. Pero no me he podido volver a enamorar. La sociedad presiona a los hombres que están en mi condición. Siempre me están preguntando *¿y, cuándo te vas a poner a pololear?* A mí me encantaría, pero todavía sigo viendo en todas las mujeres los ojos de mi mujer, la sonrisa de mi mujer... *¿Cómo voy a estar preparado?* Además me siento viejo.

A veces me doy permiso para llorar, pero no como un niño, como lo hacía al principio. He llegado a la conclusión de que uno vive con el dolor: no es que se supere, uno se acostumbra. Pero olvidar es demasiado difícil.

También he aprendido que no hay que victimizarse. Siempre pienso que, con dolor, o sin dolor, hay que levantarse todos los días, porque si no me voy a morir. Y yo lo único que quiero es vivir. Yo para todos soy muy feliz; ellos no pueden ver la tristeza que llevo dentro”.